

Y abriendo un paquete que sacó del bolsillo depositó en la mano de su sobrino un magnífico rubí.

—¡Caramba, parece que arroja llamas! —Exclamó Bob. —Debe haberle costado una fortuna!

—Una fortuna para un bribón lleno de trampas como era su dueño.

Bob se sonrojó y lanzó á su tío una mirada de sobresaltada.

—Sospecho, —prosiguió el coronel— el mercader de Toomgoor. La piedra quiere escaparle al fin y quizás aparezcan otras piedras además.

—Guarda aquí su colección.

la parte sería del dejaria á tu cuide las lámparas del mostrare.

comedor, el coronel ed á que estaba arriade madera incrustadas sobre sus ruedas deñas pueras de hierro abiertas descubrieron acero. Con unos

los, el coronel hizo de del entrepaño ambradas miradas soro fulgurante. Colocando luego rubí entre las otras piedras cer. con cierta preciación el entrepaño y las pueras de hierro, volviendo el mueble á su lugar.

—No he podido comprender el mecanismo del resorte, —dijo Bob.

—Es difícil de aprender, —dijo sonriendo el coronel, —y no quiere dejar descubierta por mucho tiempo la caja secreta.

Y al hablar así se asomó al corredor, temeroso de que alguien estuviera allí en acecho.

A la mañana siguiente, al hacer su paseo cotidiano por el parque se encontró con un bombrecillo que trabajaba con ardor en los canteros, comprendiendo inmediatamente por su extenuación, que era una de las víctimas del hambre de los últimos años.

—¿Has comido esta mañana? —le dijo bondadosamente.

El hombre al oír la pregunta se arrojó á sus pies murmurando frases ininteligibles en kanárese y el coronel recordó entonces al Karchar que había entrado á su servicio.

—Apao te ha tomado á mi servicio, —le dijo. —Cumple con tu deber y se fiel á tu amo.

Dos días después comprendió en Kara si través de los distritos hambrientos que fué en aquella ocasión fatigosa en extremo.

Pocos días más tarde llegaba á la ciudad una hora demasiado de ponerse el sol y dejando su caballo en las echarizas públicas, entraba en su casa sin ser notado.

El día había sido excepcionalmente sofocante y las cortinas de esparto estaban corridas en todas las puertas, con excepción de las del comedor, en donde entró, encontrándose solitario lo mismo que el dormitorio y el escritorio. La ausencia de los criados no lo sorprendió tanto como el desvío de Bob, al dejar la casa abierta y mal guardada. Si había salido con intención de comer fuera la casa, ¿por qué no había hecho cerrar las puertas ó recomendarlo al menos que las vigilaran?

Intrigado por aquél abandono y aquel silencio se dirigió á un rincón oscuro del comedor que una brillante faja de luz de luna que penetraba por la puerta hacía más oscuro todavía y sentándose allí y empuñando al mismo tiempo su revólver esperó, sin encontrar otro cambio por algún tiempo, que el lento avance de la banda de luz hacia el manchón de madera incrustada que disimulaba su tesoro.

Llegó por fin esa conmoción repentina que se apoderó de los nervios del que se encuentra próximo a acontecimientos extraordinarios. No oyó el menor rumor pero le pareció que la luz de la luna disminuía y un momento después vió que la sombra de una cabeza cubierta con turbante se proyectaba sobre el piso a través de la puerta abierta, seguida de la sombra de unos hombres y unos brazos desnudos.

Los brazos se levantaron luego lentamente y las manos empezaron a moverse con ritmo haciendo constantes pasos en el aire. No se percibía ruido alguno, pero era tan furtivo y misterioso el efecto de aquellos dedos de sombra estampando sus mágicos movimientos sobre el piso iluminado por la luna que el coronel sintió que se defensiva su aliento y que la sangre se le helaba en las venas.

Volvió á su memoria la escena de magnetizador de monedas. Era con él, seguramente, con quien tendría que habérselas.

Pero ¿con qué objeto estaba allí? No podía hacerse la menor idea sobre quién lo perseguía, cuando un ligero ruido entrever la clave del río.

El ruido vino del mueble y bien pronto percibiólo —era esto una ilusión de sus sentidos— que éste se movía sobre sus ruedas, no fácilmente como él acostumbraba á moverlo, sino con lentitud y como contra voluntad. No tardó en convencerse del hecho, pues las pueras de hierro fueron presentándose gradualmente á su vista. ¿Eran, pues, las piedras lo que codiciaba el encantador? ¿Sabía que estaban allí? En ese caso, su primer vi-

cia. Esto apenas podía sorprender al coronel después de todo lo que ya había visto, pero á pesar de eso fué con una especie de estupor que oyó ceder la cerradura y vió luego abrirse las puertas crujiendo sobre sus goznes. Nada ya, excepto la placa de acero y su ingenioso mecanismo separaba al mago de las piedras preciosas.

El coronel echó una mirada hacia el dormitorio para ver qué cambio se había operado allí á este nuevo triunfo de la hechicería y descubrió que en el rostro moreno se había acentuado la expresión de ferocidad, que un pie descalzo avanzaba hacia adelante en plena luz de luna mientras que en una mano que se alzaba brillaba un puñal. En el mismo instante, los ojos fosforescentes errando por la habitación parecieron detenerse á escudriñar su apatado escondite. El coronel tomó entonces una decisión instantánea y amartillando su

su mano y el brazo separado de su garganta. Sentíase ahora más estupefacto por el mismo alivio que experimentaba que lo que había estado anteriormente por el terror, pues la voz que murmuraba á su oído era la voz de Bob!

Ya para entonces había aparecido en el umbral la figura misma del hechicero. Sus ojos estaban fijos y su aspecto era el de una persona que hace un excesivo y prolongado esfuerzo y se halla así inconsciente en lo que se refiere al mundo exterior.

La lentitud de su paso contrastaba con los rápidos movimientos de sus manos que en la sombra parecían arrancar á pedazos el acero. En el dormitorio, la actitud del cómplice no había cambiado. Pero éste era el resorte ó se mantendría firme? Esta pregunta que el coronel se hacía con profundo interés estaba destinada á no recibir nunca respuesta, pues en el momento en que la excitación había llegado á su colmo, cuando los movimientos de las manos habían llegado á un punto cercano al frenesí, el hombre del dormitorio y por el solo impulso de su asalto echó al hechicero por tierra.

En aquel momento, Bob levantó parte de la cortina que había quedado sin correr y el grupo de los dos nativos se destacó sobre el pavimento, luchando, gruñendo y boqueando como animales feroces. Por fin, el del dormitorio, consiguió tomar ventaja de su adversario y levantar el cuchillo para herir. Pero entonces intervino Bob.

—¡Alto! —gritó.

No de muy buena gana el vencedor se levantó poniéndose de lado; entre tanto el coronel arrojaba al vencido, exhausto, sobre una silla y le mantenía prisionero, mientras con gran minuciosidad examinaba sus afiladas y bronceadas facciones.

—Ah! —exclamó después de hecha su inspección, —una vez me visitaste como mercader de piedras preciosas, otra vez, echando de lado, ese drástico presentaste como escamoteador y ahora te veo en tu verdadero carácter: como ladrón. No olvidaré tu fisonomía.

Al oír esto el nativo, cuya extensión no era tanta como aparentaba, dio un salto hacia atrás y cuando el coronel quiso asirlo de nuevo, se deslizó como una anguila entre las manos.

—Déjalo ir! —gritó el coronel, al ver que Bob corría tras él.

—Anque lo alcanzaras no podrías cogerlo pues está untado de aceite.

Cuando los ojos del coronel se volvieron hacia el segundo nativo éste se postró inmediatamente á sus pies murmurando palabras en kanárese.

—¡El Karchar! —exclamó su amo. —¡El jardiner del Sahib, ¡oh protector de los pobres! —rectificó el hombre ansiosamente y luego añadió. —El Sahib dijo: Cumple con tu deber; se fiel á tu amo: veo un hombre rondando todas las noches, un ladrón: lo espío, llega, me oculto en el dormitorio y allí espero.

El relato del Karchar fue corroborado por Bob. Varias veces había visto una sombra rondando en derredor de la casa; creyó al principio que pudiera ser el mismo Karchar, pero se convenció de su fidelidad al verlo una noche que la sombra vagaba cerca del corredor salir de pronto de entre unos arbustos mientras aquella se echaba á correr. Resolvió por fin tender una trampa al presunto ladrón y para el efecto alejó á los sirvientes, saliendo él mismo manifestamente de la casa y dejando abiertas las puertas.

—Cuando volví á entrar secretamente para ocultarme en el escritorio —prosiguió diciendo Bob, —y lo vi á Vd. en el comedor, al parecer también en acecho, quedé sorprendido y temí que fracasara mi plan y cuando vi que Vd. apuntaba con su revólver al fiel servidor creí llegado el momento de obrar.

—¡Ay, hijo mío! —gritó el coronel con acento lastimero, —¡bueno, tu me has hecho pasar!

Pocos días después, el teniente Iverson hacía su ansiado viaje á Bangalore. Sus deudas estaban pagadas y su porvenir asegurado por su tío.

En cuanto al Karchar, fué promovido al puesto de *matey* y sirvió la mesa del coronel con un hermoso traje blanco y una faja encarnada.



Los indígenas rodaron juntos sobre el pavimento luchando gritando y boqueando como bestias feroces.

sita había tenido por objeto hacer un reconocimiento.

El coronel había recuperado ahora su sangre fría y un impulso casi inconsciente fijó su mirada en la puerta de comunicación con el dormitorio que estaba entreabierta y asomado á ella vió un rostro bronceado cuyos ojos brillaban como los de un tigre en acecho.

—Habrá pues un cómplice, y el caso era más apurado de lo que parecía? Bien, más de una vez se había encontrado ya en una situación difícil y siempre había salido con vida. La cuestión se reduce ahora á lo siguiente: En caso de que fuera necesario hacer fuego, ¿en qué dirección apuntaría primero?

Mientras disentía el punto consigo mismo, llegó á sus oídos desde el nicho del muro un nuevo ruido muy ligero y extraño. Parecía el crujido de la llave en la cerradura de las pueras de hierro del cofre. No se veía, sin embargo otra cosa sobre ellas que la sombra de las manos del hechicero moviéndose temblorosas y rápidas con una desagradable sugestión de codi-

arma dirigido hacia el dormitorio su puntería.

Entonces fué que ocurrió lo inesperado, lo totalmente inesperado.

Como buen oficial del ejército de Su Majestad Británica, el coronel tuvo tiempo de reprocharse una falla imperdonable en su equipo mental. ¡Había dejado abierta la puerta del escritorio! Bien pronto se arrepintió de su descuido, pues al levantar el revólver, este le fué quitado de entre los dedos por una mano desconocida, mientras un brazo doblado le oprimía la garganta como en un torno, antes de que pudiera lanzar una exclamación de sorpresa.

El coronel sintió un ligero roce á su lado y, un aliento calido en su mejilla. ¡Ah! ¡Dónde estaría Bob en aquel momento? Cerró los ojos esperando la llegada de una rápida muerte e inmediatamente volvió á su dolor sorprendido. La presión de su garganta se había aflojado y percibía en su oído un murmullo casi inapercible:

—No tire Vd.; quédese tranquilo. El revólver fué puesto de nuevo en